NOTA BIBLIOGRÁFICA. OBRAS CITADAS DE MARÍA ZAMBRANO

- «La ciudad ausente», *El Manantial* (Segovia), n.º 4 (julio-agosto 1928).
 «Falla y su "retablo"», *Hoja Literaria*, n.º 3 (marzo 1933).
 «Nostalgia de la tierra», *Los Cuatro Vientos* (Madrid), n.º 2 (abril 1933), pp. 108-113.
 «¿Por qué se escribe?», *Revista de Occidente* (Madrid), t. XLIV, n.º 132 (junio 1934), pp. 318-328; en *Hacia un saber sobre el alma*, Buenos Aires, Losada, 1950; y en Madrid, Alianza, 1987.
 «Hacia un saber sobre el alma», *Revista de Occidente* (Madrid), t. XLVI, n.º 138 (diciembre 1934), pp. 261-276; en *Hacia un saber sobre el alma*, Buenos Aires, Losada, 1950; y en Madrid, Alianza, 1987.
 «Filosofía y poesía», *Publicaciones de la Universidad Michoacana* (Morelia, México) (1939); en *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar, 1971, Col. Estudios Literarios; y en México, FCE, 1987.
El hombre y lo divino, México, FCE, 1955; y en Madrid, Siruela, 1992.
Claros del bosque, Barcelona, Seix Barral, 1977.
De la aurora, Madrid, Turner, 1986.
Notas de un método, Madrid, Mondadori, 1989.
Los bienaventurados, Madrid, Siruela, 1990.
Los sueños y el tiempo, Madrid, Siruela, 1992.

Estrategias narrativas en la construcción de la identidad

JOSÉ MIGUEL MARINAS

Instituto de Filosofía, CSIC

Es en la frontera donde la *identidad* queda más definida.¹

Discurrir sobre la identidad es una práctica que, además de otras características propias, ha experimentado un desplazamiento fundamental. Si Lévi-Strauss, en su célebre seminario,² afirmaba ya en los setenta que el momento era bueno, precisamente por lo pasado de moda que caracterizaba al «tópico» de la identidad, la situación actual supera la ironía del maestro para enfrentarnos con una nueva vigencia de aquel tópico. Los procesos de redefinición conflictiva de las identidades en el presente hacen de su reflexión y debate algo que convoca a los gremios—incluido el de especialistas en modas—y, a la letra, los desborda.

Una de las vías reflexivas sobre este campo de problemas, la que analiza

los procesos de las moralidades y los estilos de vida, incide especialmente en las formas discursivas de la elaboración de las identidades.³ Y ello en la medida en que los sujetos contemporáneos, en sus posibilidades de autonomía, se definen entre escenarios y relatos múltiples. La cuestión de la identidad se desplaza claramente, y no sólo en el campo del análisis de las moralidades, desde un abordaje onto-anropológico hacia una perspectiva sociológica⁴ y discursiva.

Pero esta perspectiva no obedece a una simple mutación en el instrumental analítico, sino a un cambio del contexto del objeto mismo. La multirreferencialidad de la identidad contemporánea, el hecho de que origen, género, clase sean categorías en definición continua y ninguna de ellas por sí sola proporcione un relato, un referente na-

rativo bastante para indicarla, constituye un exponente del desplazamiento del problema. De una tradición de indagación de la identidad regida por la lógica de la identidad y la *quidditas*, la pregunta se desplaza hacia las dimensiones éticas y narrativas de sus procedimientos de construcción. Del etiquetado de la identidad *estante*⁵ se pasa a descifrar la identidad *transterminante*, es decir la pluralidad de escenarios, papeles, y relatos explicativos atravesados por los sujetos.

Por procedimientos de construcción de la identidad podemos entender los recursos simbólicos y discursivos en los que cada sujeto reflexiona el orden social. Los reflexiona en sí mismo, en orden a su autodefinición a través de los relatos sociales en los que participa desde su inicio biográfico. Lo que quiere decir que se apropia de ellos, y los trans-grede, para nombrarse en cada nuevo escenario que transita. De este modo, la perspectiva socio-discursiva presupone tres aspectos teóricos y metodológicos que conviene destacar.

El primero de ellos es la *sustitución contextual de la pregunta ontológica*. Entendiendo que contexto no es un mero marco de la acción (lo que es *circum-stante*), sino las prácticas y discursos que *se tejen con* el relato de la identidad en cada uno de sus desplazamientos. No hay pregunta por la *quidditas*, por el quién soy, o qué soy, sin el rodeo —si se quiere en el sentido hegeliano— por los escenarios en los que circulan los relatos que me constituyen y comparto o combato. Escenarios del linaje, del trabajo o de la afinidad. En la cifra ajena de esa pluralidad reconozco mi propia pluralidad que debo descifrar. La tarea narrativa es lograr una cifra que no cierre y me haga totalmente disponible, a la letra, enajenado. Sino una cifra propia.

El segundo es que *la atención a las*

mediaciones discursivas (que no asimila identidad con palabras dichas, sino con las condiciones y conflictos del decir) *se abre progresivamente al campo de la narratividad*. No sólo son los procedimientos de evaluación discursiva respecto a normas (para abreviar, *discurso normativo*), o los procedimientos argumentativos de deliberación (*discurso argumentativo*),⁶ sino directamente y cada vez más los relatos (*discurso narrativo*) los que aparecen como lugares privilegiados para pensar la trama de la identidad actual.

Ya sean relatos heredados, negados, o redefinidos, vinculados a los papeles supuestamente originarios (edad, género), o a los autoconstruidos (la profesión), o bien a otros papeles que marcan la afinidad (las subculturas), el peso de lo narrativo se incrementa. Para armonizar y domesticar, como las historias de vida muestran, lo exterior sin dejar de nombrar lo íntimo. Para practicar con sus recursos alguna forma de sutura entre escenarios de identidad que no es que sean anómicos sino polinormativos, pues imponen formas de legitimación y códigos contradictorios. Pero también para rescatar la posibilidad de decirse de cada uno de los sujetos, que se afirman o tratan de contarse, entre los discursos poderosos o instrumentales. Con desigual peso de lo transmitido, lo elaborado y comunicable, o lo imaginario. Procesos narrativos de identidad, que no son sólo periféricos y que, en otro lugar,⁷ hemos caracterizado como síntoma biográfico.

El tercero es *el carácter estratégico de los relatos de identidad*. Lo cual no los equipara sin más a un discurso instrumental (contar para imponer, acaso sí contar para seducir). Ante la amenaza de la caída del discurso por la ritualización, o su correlato, la caída en el consumo de lo imaginario sin media-

ciones, aparece el esfuerzo —desigual según los grupos sociales— por lograr (conquistar estratégicamente) una distancia, un espacio para el relato personal. En donde además de la tarea de comprensión, de reconocimiento, que el relatar efectúa,⁸ se da un proceso de distanciamiento de la integración. Es decir, se mantiene abierta, no se cierra con los mitos vigentes, la pregunta por el proceso generador de la identidad.

Contarse para identificarse no es sólo recorrer el entramado o la secuencia de posiciones de rol, categorías sociales y sociológicas, psicológicas o historiográficas que uno puede ir ocupando. Implica, sobre todo, reconocer en el discurso a los productores de los relatos heredados (familiares, comunitarios, societarios), a los participantes de los propios relatos y sus respectivas reglas de interlocución.

La identidad adquiere, pues, el rango de los procedimientos de identificación y desidentificación narrados, sedimentados, reformulados. No sólo en el sentido personal (la *novela familiar*, de la que Freud hablara) sino también en el sentido de los metarrelatos que proporcionan los grandes modelos identificatorios.⁹ En estos, el desplazamiento de formas de identidad racionales (en el sentido de la pregunta de Habermas)¹⁰ a formas aparentemente menos racionales —por no darse primordialmente en discursos normativos o argumentativos— nos centra de nuevo en la problemática contextual, en el sentido dicho.

La racionalidad (y, consiguientemente, la articulación de la identidad), supuestamente perdida, pudiera ser sencillamente la del *orden de la producción* que pretendía haber liquidado al Antiguo Régimen (y sus relatos de identificación). Su crisis abre el planteamiento de las formas de identidad —en un proceso que lleva al menos

una larga posguerra mundial— en un *orden del consumo* en el que, además del desplazamiento de las posiciones identificadoras (la clase, la profesión: *Beruf*), vuelven aquellos antiguos relatos y retóricas como «nuevas» reservas.

Contar y contarse

Cuando hablamos de estrategia echamos mano de un concepto que circula en el terreno de las ciencias sociales¹¹ pero que impone, por lo acotado de los paradigmas en los que arraiga, una limitación que lo distorsiona. Si bien presupone una visión constructiva y procesual de los fenómenos sociales y discursivos, tiende a reducir estos —con un padrino conductista más o menos reconocido— a un repertorio de posibilidades ritualizadas, regidas por la lógica de juegos. Recorta, esto es, deja fuera, los repertorios simbólicos, entre ellos los narrativos, que no sólo cambian los contenidos de la estrategia interactiva, sino sus mismas formas, entendidas estas no como estadios o *topoi* (de partida o de llegada) sino como procedimientos de transición, de identificación y desidentificación continuas.

En este sentido, es posible y aun fructífero, recuperar las perspectivas que no segmentan entre acción estratégica y discurso estratégico, sino que los entienden como formas en las que los sujetos sociales (valga la redundancia) modifican sus posiciones, sus modos de autopresentación y reconocimiento, sus acuerdos y conflictos y la propia categorización de sus identidades. Las de género frente a sexo,¹² curso vital frente a edad, clase frente a estatus, migraciones frente a hábitat y mestizaje frente a etnia.¹³ Entendiendo que los términos primeros suponen una renominación que pretende

abrir el cierre de los mitos deterministas presupuestos en los términos segundos. Estos no son sólo sociológicos sino que circulan en los relatos sociales.

La estrategia discursiva no se confunde con la táctica diseminada en las escenas cotidianas,¹⁴ sino que implica una revisión —que los hablantes hacemos— de los modelos o repertorios previos: los discursos (y recursos) disponibles que no sólo definen las situaciones de interacción (como los etnometodólogos o teóricos de juegos acotan) sino que lo hacen en virtud de *permitir o prohibir relatos* (tropos y experiencias vertidas en ellos) de los que los sujetos pueden apropiarse, o a los que deben renunciar.

No hay procesos de identidad sin identificación previa. Por ello el valor estratégico de los relatos tiene que ver con la capacidad de producir no sólo identificaciones sino sobre todo desidentificaciones, esto es, revisiones reflexivas —que producen nuevos relatos— de los repertorios heredados.

Los procesos de nominación desde los discursos sociales dominantes reducen los relatos a estereotipos y estos a clasificaciones normativas. La integración, o, por su nombre, la reproducción de las desigualdades en un sistema (meta de los mecanismos de socialización) es paradójica: integra desintegrando. Integra colocando a cada sujeto en una circulación de contables (categoriza para contar: consumidores, votantes) desintegrando: negando la capacidad de distanciarse del número, del *locus*, del segmento asignado.

Por eso, atender a los discursos narrativos, biográficos en sentido individual o colectivo, a los relatos y a la reflexión sobre sus condiciones es una práctica moralmente estratégica. Invierthe el procedimiento: desintegra (permite una distancia respecto al estar den-

tro) integrando (trata de procurar no una integración suturadora de todos los que soy, sino una integridad).

De la topología a la tropología

Nuestra perspectiva clasificatoria, en la que posiblemente sigue actuando, si no el peso de la lógica de la identidad, al menos un cierto estructuralismo, tiende a enfrentar los procesos de construcción de la identidad primando el inventario sobre la transformación. Y posiblemente sea esta una paradoja de la definición en otra vertiente: sin establecer los repertorios, los elementos retóricos y narrativos que suministran relatos, es difícil poner cifra a los complejos procedimientos narrativos. El añejo modelo dual de lo paradigmático y lo sintagmático, o de lo sistémico frente a lo discursivo, sigue teniendo potencia si no explicativa, al menos orientativa.

Pero, tal y como hemos centrado el problema, mostrando la primacía de la mudanza sobre la estancia, es decir, de la transformación y la articulación compleja, innovadora, frente a los viejos lugares de referencia y pertenencia, el registro conceptualizador ha de ser otro. Ha de incluir la cronología, la temporalidad. En concreto: los desplazamientos en el tiempo y la modificación en los relatos.

Las retóricas son metaforizables como lugares, como «trivios» de saberes y procedimientos con los que se construyen los relatos, las formas de presentación y negociación de las identidades, pero sobre todo son *tropos*. Es decir: figuras que posibilitan establecer nuevas relaciones. De ahí que, recogiendo una tradición que intenta pensar a la vez la identidad narrativa y la temporalidad, podemos hablar de tropología y no sólo de topología del sujeto.¹⁵

Tropos indica no sólo movimiento o

mudanza, sino transformación según una figura. Y, en este sentido, cabe incorporar otras formas de pensar tanto la estrategia que permiten la figuras, o, en general, los repertorios y recursos narrativos, como el uso estratégico que de ellos hacen los sujetos.¹⁶ Metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía —por recoger los cuatro grandes tropos que señala Burke— son operaciones que comienzan estableciendo, y este rasgo es decisivo por su carácter eminentemente moral, una *perspectiva* diferente, que quiebra las miradas rutinarias o poderosas sobre los procesos en los que se aplican. Es la gran condición trans-gresora del *homo metaforans* que Nelly Schnaith establece, al nombrar el proceso metaforizador general de los relatos contemporáneos como «algo que trasciende el mero orden del lenguaje».¹⁷

En esta misma dirección apunta Ricoeur¹⁸ cuando plantea tres formas de la mimesis —operación narrativa fundamental— en el relato: la *prefiguración*, la *configuración* y la *refiguración*. Estas modalidades establecidas en principio para un corpus de relatos de ficción, pueden ser aplicadas al campo de los relatos de identificación o desidentificación, por cuanto podemos decir que tienen la cualidad de *anticipar*, *nombrar* y *redefinir*.¹⁹

Cuando nos enfrentamos con los procesos de construcción de identidades no sólo atendemos a la pregunta metafísica por la *quidditas* —esta queda como un resto ideológico, clasificador— sino que recorremos sus desplazamientos presentes. Cómo un relato de identidad o identificación, heredado o transmitido, puede tener el valor de repertorio que se niega para constituir otro que prefigura lo que aún no se sabe decir.²⁰ Lo mismo ocurre en el momento de la configuración: los repertorios pueden ser plurales pero la

cifra, aun conflictiva (biográfica y socialmente), implica una estrategia personal, no individual (requiere un interlocutor, presente o de referencia). Y en el momento de la refiguración o redefinición: las llamadas subculturas, tomadas como laboratorios vivos de relatos, presentan repertorios que son, además de modos de inversión de los elementos del relato dominante, formas de transición, por las que circular.

Así pues, cuando entendemos los procesos narrativos en su tropología, no sólo vemos su despliegue temporal, sino las transformaciones que todo relato de ficción, aquel que ejercita la dimensión poética (sin olvidar sus anclajes expresivo y conativo), genera.

Siguiendo a Weinreich,²¹ Ricoeur establece una diferencia en los relatos entre los que pertenecen a la operación del *erzählen* (contar o relatar), frente a los que son del mundo del *besprechen* (el hablar de o co-comentar acontecimientos) a los que atribuye mayor implicación performativa, ritualizada y socialmente codificada.²² Son estos últimos, según él, los que cumplen el recorrido de la secuencia de las tres modalidades de la mimesis. Según él, «todo comentario es un fragmento de acción» (Weinreich). En este sentido sólo las palabras no narrativas son peligrosas: *tua res agitur*.²³

Lo que nos sitúa ante un valor no sólo de recurso sino de límite de los repertorios narrativos —en su caso los que son más evidentemente de ficción, pero también todo relato, en cuanto incorpora una dimensión ficcional— respecto del sujeto que los utiliza.

La misma atención a los procesos de construcción y transformación la sugiere Hayden White,²⁴ quien nos acerca más a los procesos narrativos que perseguimos: aquellos que no son puramente de ficción, sino que se ponen como entramados y referentes para la

nominación y el relato de los sujetos y sus acciones en los contextos sociales. Me refiero a la reflexión sobre lo que de común tienen las historias y la Historia.²⁵

La transformación de las identidades no en la mera intencionalidad sino en virtud del uso de los relatos que proponen nuevas maneras de nombrar a los sujetos, sus acciones posibles y sus atribuciones, está implícita en su noción de narración:

La narración, o la dispersión sintagmática de eventos a lo largo de series temporales presentada en un discurso en prosa, de manera que se despliegue su elaboración progresiva como una forma comprensible, representaría el *giro interno que el discurso adopta* cuando trata de mostrar al lector la verdadera forma de las cosas que existe bajo aquello que a primera vista carece de forma.²⁶

La reflexividad de la narración, como tal discurso, y, lo que es igualmente importante, su capacidad de mostrar el proceso de elaboración, son dos rasgos decisivos. No sólo con vistas a afinar mejor una posible taxonomía de discursos de identidad (entre los que estarían las formas normativas o argumentativas) sino en el orden de una comprensión más ceñida a los procesos narrativos contemporáneos, sea cual sea su circulación y su soporte.

Pero esta cualidad de la narración aunque posibilita, no garantiza automáticamente una reflexividad activa de los sujetos en proceso. Cabe una relación obturadora (en los dos sentidos: del relato, del sujeto) que el universo narrativo de la cultura del consumo propicia.

El contexto teórico de White, y su intención concreta de mostrar el proceso de construcción de la escritura de la historia, le lleva a matizar otros conceptos que nos pueden venir bien.

Por un lado la categorización activa del estilo narrativo (tanto en la historia como en la novela),

[...] como modalidad del movimiento de la representación de un estadio original de asuntos a otro subsiguiente. El significado primero de una narración consistiría en la desestructuración de un conjunto de eventos (real o imaginado) originalmente codificado de un modo tropológico y la progresiva reestructuración de ese conjunto en otro modo tropológico.²⁷

En donde vuelve a aparecer la misma noción de transformación, proceso y ruptura. Pero también el valor explicativo de la narración entendida precisamente en términos de una configuración que rompe:

Así entendida, la narración sería un proceso de descodificación y encodificación en la que la percepción original es clarificada al ser volcada en un modo figurativo diferente de aquel en que venía codificada por convención, autoridad o costumbre. Y la fuerza explicativa de la narración dependería del contraste entre la codificación original y la otra.²⁸

Tal transformación no es inmanente a la narración, exige un trabajo de nombrar en el que la ruptura (de moldes narrativos, pero también de géneros y, sobre todo, de caracterizaciones de los sujetos del relato) es condición de la eficacia de la estrategia narrativa. No está garantizado, en virtud de su carácter de más reciente, el logro de la claridad o el ajuste comprensivo. Desde este punto de vista aparece más clara la dimensión conflictiva de las formas de identificación en un contexto especialmente problemático: aquel en el que los viejos relatos y metarrelatos vuelven para cumplir una función cosificadora, o suturadora, no autorreflexiva.

Vecina, pues, de la noción barthesiana de *logotesis*, la propuesta de White apunta a una operación más que consiste en poner en relación de transformación (y no de mera oposición taxonómica o lógica) ficción e historia:

Las narraciones históricas son estructuras complejas en las que un mundo de experiencia es imaginado como existente en al menos dos modos, uno codificado como «real», el otro que *se revela* como que ha sido ilusorio en el curso de la narración.²⁹

Las tareas del narrar incluyen, pues, en su modalidad de la reconstrucción o refiguración, el hecho de medirse con los procedimientos de producir sucesivos relatos más completos, o más complejos, o simplemente más ajustados que aquellos de los que parten. A condición de que las condiciones de producción (social y discursiva) de los previos se hagan patentes.

Las estrategias no fatales

Nombrar, relatar son, pues, actividades políticas y económicas cuya dimensión ética no se oculta. Mantener el *horismós*, la definición de las identidades desde las categorías y los estigmas (convergen, más allá de la buena conciencia de los técnicos) pertenece al orden de los relatos de poder. Entre ellos circulan los que Jiménez Lozano ha llamado —para titular un excelente florilegio de los relatos ocultos de la Castilla de posguerra— *los grandes relatos*. Los que construyen los mundos de la vida cotidiana y son, como el discurso amoroso, o las historias de vida, posibles reservas del homogeneizador discurso mediático. Pero también son formas y lugares de aprendizaje moral.

Asistir a los relatos en los que la identidad se construye y reconoce sus mediaciones, posibilita el mantenimien-

to de los relatos de experiencia. Sin afán conservacionista o metodológico. Reconociendo los entramados en los que o contra los que son posibles. Este trabajo de reconocimiento (que no sólo es semiológico o retórico, sino moral) nos introduce en otra dimensión, que dejo apuntada: cómo valorar la eficiencia, en el sentido dicho, de los procedimientos topológicos en este proceso.

Uno de los modos nos pone ante la relación entre los relatos que puede seguir los tropos y figuras de la ironía: un relato no sólo se refiere metadiscursivamente a otros (los incorpora, los reordena), sino que puede desvelarlos irónicamente. Es decir puede restablecer dramáticamente la escena en que surgieron, de modo que permite al espectador una comprensión mayor que la del autor.³⁰

Otro es el recorrido de la construcción de nuevas metáforas. Los conflictos de los relatos de identidad apuntan a diferencias estratégicas profundas entre los escenarios propuestos³¹ que se elaboran configurando metáforas posibles en cada uno de ellos.

Las metáforas naturalistas de *la identidad del linaje*: el mandato del parecido, la estancia en los modos de nombrar el sexo, el hábitat de origen, la clase que se hace pasar por estamento o aun «estado». Todas ellas dependen de una metáfora fundamental: la comunidad como familia. Las que centran la identidad en *los relatos de la ocupación* subordinan, denegándolos, los que apuntaban —desde los años cincuenta y sesenta— a la falta de relatos fundantes (creadores de nuevas perspectivas, también en el sentido de Burke, sobre los sujetos) para explicitar y verter en otro «molde topológico» los conflictos de género, edad y etnia, principalmente. La ruptura que los nuevos *relatos de afinidad* produce

se dirige principalmente a desmontar el cerco de las dos metáforas principales: el espacio societario como *organismo*, el orden de la *producción* (y aun la reproducción) como relato omniabarcador de las identidades.

Y, en el caso de estos espacios de la diferencia, o de la afinidad, las metáforas se abren a figuras que elaboran dos estrategias básicas: el retorno al naturalismo (relatos que pretenden metaforizar la sociedad como comunidad) frente a la asepsia (relatos de la disolución de la sociabilidad en la figura del individuo amenazado); y también el hiperdesarrollo de la productividad (los relatos del hiperdisciplinamiento, más allá de su oportunidad económica, de todos los contextos) frente a los relatos (cada vez con menos palabras propias o con una saturación de marcas, nombres, instrucciones de uso)³² del gasto, consumo y autoconsumo —que ya ni es conspicuo, en el sentido de Veblen— que obturan el relato y el sujeto.

«Cada historia tiene su mito», dice H. White,³³ pero, contra la percepción que éste sostiene, la historia, en el caso de los relatos de identificación, no es un «mero desplazamiento» en el sentido de una codificación de otro orden. Los relatos biográficos o históricos surgen y circulan con un sentido, como Benjamin explicó respecto de los cuentos fantásticos: actúan abriendo y negando el poder estereotipador de los

mitos. El mito fija, el relato traza artimañas para salir del lugar asignado. El relato identificador que re-formula es, contra la tradición de White, la antítesis cognitiva de los mitos. Pero, sobre todo, es su antítesis moral.

La fijación en relatos mediáticos, publicitarios, de las identidades de género (de la mujer-ama de casa a la mujer-profesional, pasando por la mujer *Cosmopolitan* o *Woman*)³⁴ o de edad (de los niños adultistas a la infantilización de los adultos)³⁵ opera como cierre mítico. Precisamente porque el mito no exhibe su proceso de elaboración: se da para ser ritualmente consumido. Los efectos, sin embargo, que los nuevos mitos (hechos las más de las veces de retales de relatos clásicos que nuestra ignara percepción ni siquiera reconoce como tales) provocan en los relatos cotidianos de la gente, permiten entender que la elaboración de la identidad se hace con y contra aquellos.

Como dice, con perspicacia, Gustavo M. Garzo, «contar es volver a vivir, pero poniéndose a salvo del desorden propio de la vida».³⁶ Pero el intento de contar en su dimensión moral supone, además de la función consolatoria, si se quiere reparadora, apostar por la capacidad de manifestar el cerco de los conflictos y los recursos de su resolución. No resignarse a los tristes trópicos.

NOTAS

1. W. Kawanah, «La naturaleza de las fronteras», *Historia y Fuente Oral*, n.º 12 (1994).

2. C. Lévi-Strauss, *L'identité*, París, PUF, 1976.

3. Por mi parte, comencé a desarrollar este asunto en «Identidad y ética narrativa», *Actas del II Congreso Mundial Vasco* (1987). A este han seguido (en el Seminario «Filosofía, Literatura y Ciencias Sociales» del Instituto de Filosofía), «Logotesis y enunciación en el discurso social» (1991), «La identidad contada» (México, 1992) y

«La intimidad narrada», en M.T. López de la Vieja (ed.), *Figuras del logos. Ensayos entre la filosofía y la literatura*, Madrid, FCE, 1994. El presente texto intenta una aproximación a los procedimientos de construcción.

4. Séame permitido rescatar este doblete estructuralista (*Sociología o Socio-lógica*) no para añorar una metafísica de los órdenes de órdenes (Lévi-Strauss) sino para precisar: las categorías de identificación que la sociología ha rutinizado

(edad, sexo, estatus, etnia, hábitat) pueden verse como relatos clasificatorios. Y hasta aquí llega el funcionalismo. Pero pueden *elaborarse también* como escenarios y repertorios retóricos en cuyo interior se generan conflictos y nuevas estrategias de nombrar: *curso vital* frente a edad, *género* frente a sexo, *clase* frente a estatus, *mestizaje* frente a etnia y *migración* frente a hábitat de origen.

5. Estos términos, que uso de forma expresiva, proceden de la terminología de la transhumancia (la oposición de identidades por trabajo: pastoreo en el lugar/desplazamiento a otros términos, era menos compleja, pero no menos sólida).

6. Un desarrollo reciente, y estimulante, de estos dos tipos de discursos es el de M.^a Teresa López de la Vieja en el capítulo primero de su *Ética. Procedimientos razonables*, Iria Flavia, Novo Século, 1994, pp. 15 y ss.

7. «El compromiso de la historia oral», en J.M. Marinas y C. Santamarina (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993. Y, más desarrollado, en «Historia oral e historias de vida», en VV.AA., *Métodos y técnicas cualitativas en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis, 1994.

8. T. Mink, «Narrative Form as Cognitive Instrument», en R. Canary y H. Kozicki (eds.), *The Writing of the History*, Wisconsin University Press, 1978.

9. Que la intimidad pase de ser acotada como campo de fuerzas demoníacas a mero territorio (lo íntimo), y que de aquí surjan nuevas dimensiones, secularizando las fuerzas del Aqueronte (otra vez Freud) en las topologías contemporáneas es una muestra de ello (véase *La intimidad narrada*). La idea la desarrolló Luis Martín Santos en *El anillo de Polícrates. Los metarrelatos de la modernidad* (seminario sobre Ética y Comunicación, UIMP, 1986) en donde trataba el metarrelato como apriori moral.

10. «¿Pueden las sociedades complejas desarrollar una identidad racional?», en castellano en su libro *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1981. Aunque mi afirmación puede ser más matizada, si se tiene en cuenta la propuesta del mismo Habermas: los relatos prefiguradores o utópicos, que comenzaron como *Staatsromane* y luego adoptan las formas de la utopía emancipatoria del mundo del trabajo y se desplazan actualmente al universo de la comunicación. Aunque, a mi entender, no desarrolla tanto las relaciones entre comunicación y cultura del consumo —su filtro es el discurso político—, pensar el marco de las sociedades complejas abre a una discusión común. Véase «Die Krise des Wohlfahrtsstaates und die Erschöpfung utopischer Energien», en *Die Neue Unübersichtlichkeit*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985.

11. El concepto parte de la terminología acuñada en el análisis de la vida cotidiana: H. Blu-

mer, *El interaccionismo simbólico*, Barcelona, Trillas, 1982, a medio camino entre un cierto utilitarismo y una visión agonística y representacional de la interacción: *social interaction as a drama*. Más allá de su sentido en la socialización funcionalista o en la teoría de juegos, la estrategia en los procesos de la construcción de identidades tiene un carácter global y dialéctico: en la medida en que trata de no dejar fuera las condiciones de la cultura concreta en la que aquellos se actúan. De modo orientativo, pese a su ya clasicismo: P. Lorenzer, *Bases para una teoría de la socialización*, Buenos Aires, Amorrotu, 1980.

12. El que en las encuestas sociológicas el análisis de datos se efectúe rutinariamente segmentando entre «varones» y «mujeres», como variables independientes, contribuye, a mi entender a subsumir y denegar bajo el segmento las diversas formas (relatos orientativos) reales de lo masculino y lo femenino, así como la subordinación del discurso de género bajo el marbete del «sexo» (civil, aunque se presente como biológico).

13. Además de lo ya sabido, en el plano meta-ético, sobre la diferencia entre acción comunicativa y acción estratégica (Habermas, *passim*), puede ser interesante atender a los modos empíricos de los usos discursivos. Dos ejemplos: W. Labov, *Modelos sociolingüísticos*, Madrid, Cátedra, 1984, en el que relaciona las formas de elaboración de identidades (étnica y de clase, sobre todo) con los estilos retóricos empleados en los relatos cotidianos. Y H. Gumperz, *Discourse Strategies*, Cambridge University Press, 1982, donde se amplía el análisis de procesos a las categorías de género y edad. Sobre la categorización discursiva de las desigualdades de etnia, género y clase: I.L. Allen, *Unkind Words. Ethnic Labeling form 'redskin' to WASP*, Nueva York, Bergin & Garvey, 1990. Sobre la edad, J. Hohmeier y H.-J. Pol (eds.), *Alter als Stigma*, Frankfurt, Suhrkamp, 1978.

14. Como *estrategia* además de concepto es metáfora, conviene volver a recorrerla en sentido contrario para ver qué da: «La estrategia abarca el teatro completo de la guerra y usa las batallas para ganar la guerra, mientras que la táctica remite ante todo al uso de tropas y equipo para ganar batallas. La táctica está orientada al manejo de las tropas en el campo de batalla, mientras que la estrategia tiene que ver con la disposición favorable de esas tropas como preludio del combatir» (*Enciclopedia Británica, Micropaedia*, vol. 11, p. 305).

15. K. Burke en *A Grammar of motives* (University of California Press, 1969) habla de cuatro tropos principales (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía) como operadores narrativos básicos (pp. 503 y ss.). La topología o la tópicica tiene una gran tradición en la retórica, en la medida en que la *inventio* consiste en la disposición original de lugares comunes, esto es, posibles en un uni-

verso discursivo determinado. De ahí, se ha pasado a una tópica del sujeto que tiene tradición en el contexto psicoanalítico. La metáfora de los «lugares» del sujeto (la primera y segunda tópica freudianas) ha sido recibida con una clara tendencia a la reificación. Procedimiento múltiples veces denunciado: desde las propias formulaciones de Freud al hablar de lo preconscious —no es un lugar con sustrato biológico—, hasta, por poner un ejemplo cercano, los trabajos de Tugendhat.

16. Burke emplea este término como un proceso de las mismas figuras: «la estrategia básica de la metonimia es comportar algo incorpóreo o intangible en términos de lo corpóreo o tangible». Independientemente de esta reducción del amplio registro de la relación metonímica —su ampliación en el campo psicoanalítico a los procedimientos de desplazamiento, frente a la condensación metafórica es un ejemplo—, lo interesante es que ayuda a pensar los tropos como recursos para un proceso.

17. N. Schnaith, «Homo metaforans», en *Las heridas de Narciso*, Buenos Aires, Catálogos, 1991. A Nelly Schnaith le debo buena parte de las discusiones con y sobre los autores reseñados en este apartado, en la perspectiva de sus trabajos sobre la crisis de la representación en la cultura contemporánea.

18. P. Ricoeur, *Temps et récit: la configuration du temps dans le récit de fiction*, París, Seuil, 1984, vol. II, p. 95.

19. Este es el alcance de las aportaciones de Roland Barthes en dos de sus trabajos quizá menos conocidos. En *Sade, Fourier, Loyola*, París, Seuil, 1970, junto a la noción de logotesis o invención de discurso, plantea los procedimientos de esta *prefiguración*, en el sentido de Ricoeur: los escenarios espaciotemporales (celda, faldistorio, *boudoir*), las atribuciones y posiciones de los sujetos, los tipos de acciones, suponen una ruptura, una clausura del orden discursivo dominante y al tiempo una anticipación fundacional de una práctica discursiva que no existía anteriormente. El otro trabajo, *S/Z*, 1969, nos enseñó a desarticular los múltiples códigos que se encierran en un texto (en su caso la novelita *Sarrazine*, de Balzac) en el que no cambian sólo las acciones o los repertorios culturales, sino los sujetos que desde ellos son vistos.

20. Es el paso del «no hablar para no ser etiquetados» (célebre consigna *punk*) a la actividad de suscitar relatos propios, que, a su vez, y por la prueba de su eficacia social, se desplazan u oscilan en contradicciones (en los de género: de la diferencia a la igualdad; en los de edades: de las jergas al farfullar o a la recuperación de lenguajes; en los del mestizaje: del silencio a la manifestación de estereotipos mutuos). Dos ejemplos:

Fernanda Romeu, *El silencio roto, La resistencia de las mujeres bajo el franquismo*, Madrid, Ed. de la autora, 1994; Luisa Martín Rojo y otros, *Hablar y dejar hablar*, Universidad Autónoma de Madrid, 1993.

21. H. Weinreich, *Tempus. Besprochene und erzählte Welt*, Stuttgart, Kohlhammer, 1964. Versión reescrita por el autor en francés como *Le temps*, París, Seuil, 1973, por la que cita Ricoeur, p. 33.

22. Lo cual no implica, y en esto discrepamos de Ricoeur, que el relato de ficción, del cuento fantástico al microrrelato televisivo (vulgo *videoclip*), no tenga sus modos de implicación o su ritualización peculiar, pese a su, en términos de Weinreich, menor «implicación de los interlocutores». Esto nos hará volver, más adelante, a la implicación entre *relato de ficción* y *relato de experiencia*, o, en general, entre narración y mito. Tal y como lo inaugura Benjamin en «El narrador» (1930).

23. Ricoeur, *op. cit.*, p. 101.

24. H. White, «Historical Text as Literary Artefact», en R. Canary y H. Kozicki (eds.), *The Writing of the History*, Winsconsin University Press, 1978.

25. Tematicé esto en «Tras la Historia», *La Balsa de la Medusa*, n.º 20 (1990).

26. H. White, *op. cit.*, p. 58.

27. *Ibidem*, p. 59.

28. *Ibidem*, p. 60.

29. *Ibidem*, p. 60.

30. No me resisto a citar, como ejemplo, a Andrés Sopena Monsalve, *El florido pensil*, Barcelona, Crítica, 1994, en el que se ejercita este develamiento apurando la lógica dramática, en sentido de la ironía como tropo (y en el otro) de su contexto: los relatos de la escuela franquista.

31. «La identidad contada». Véase la nota 3.

32. Es muy sugerente Ellis, *American Psycho*, Barcelona, Ediciones B, 1992.

33. «The Fictions of Factual Representation», en A. Fletcher (ed.), *The Literature of Fact*, Columbia University Press, 1976, p. 31.

34. Las retóricas de género que proporcionan las publicaciones dirigidas a las mujeres han sido estudiadas por Cristina Santamarina, *Pistas del cambio en las mujeres de los 90*, Madrid, CIMOP, 1994. Una perspectiva ética del género puede verse en M.ª Teresa López de la Vieja, «Justicia e identidad periférica», en su libro ya citado *Ética. Procedimientos razonables*, pp. 91 y ss.

35. Juan Benavides, Aurora Rodríguez, Juvenal García y J.M. Marinas, *La imagen de los niños en los medios*, Madrid, Dirección de Protección del Menor, Ministerio de Asuntos Sociales, 1991.

36. Gustavo Martín Garzo, «La rama dorada», *El País* (9-XI-1994).